

pectivas, sino al final del estudio, lo que es un estupendo expediente para que nadie las consulte, y la nota 26 (p. 34) ha sido omitida, a fin de distraer al lector de cosas peores. Tres veces se da la fecha de nacimiento de Daniel Caldera, y las tres son diferentes: 1851, 1852 y 1853. Y así, hasta la náusea.

A pesar de las reiteradas injurias que la impresión inflige al estudio del señor Durán, debe saludársele como una excelente guía metódica para introducir en la consideración crítica del teatro chileno, reivindicado por este ensayo al decoroso nivel que de justicia le corresponde.

RAÚL SILVA CASTRO.

<https://doi.org/10.29393/At388-54OAVM10054>

*“De otra arcilla”, por Gloria Montaldo.*

Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1960

Quizás estamos frente a esa novela autobiográfica que todo ser humano ha vivido. Si las aventuras están bien narradas, si el lenguaje es funcional y adecuado, el problema está resuelto. Ahora bien, el interés puede darse en función de los lectores, de la situación espiritual de quien distrae sus ocios, bien sea para sufrir o para gozar por los contrastes. En ello radica el éxito de algunas producciones novelescas.

También es posible que Gloria Montaldo haya hecho malabarismos de imaginación. Y que la historia sea inventada. Los cultores de la estilística actual dicen que la solución de este dilema es de sumo interés para la valoración de la obra. Es muy fácil que los estilistas estén equivocados, no obstante la solvencia intelectual de quienes se dedican a calar las literaturas.

Gloria Montaldo nos cuenta la historia sentimental de una mujer joven. Es una profesora de castellano, ha llegado a un pueblecillo, en donde toda insinceridad tiene su asiento. Allí conoce a tipos singulares. Entre ellos al hombre que habrá de convertirse en venero de mal de amores. La solución, que ya se

anuncia pesimista en las primeras páginas del libro, no defrauda a los enamorados de la tragedia y del dolor humanos.

Ser de otra arcilla es un peligro, cuando el ser humano ha de convivir con otras personas. Porque las imperfecciones propias y ajenas establecen un desagradable contrapunto. Entonces, la vida se convierte en origen de insatisfacciones.

Esta es la enseñanza que se deriva de tan bellas páginas, escritas con entusiasmo, incluso en los momentos más propicios para la desesperación sentimental. Porque una cosa es el tema, y es muy distinto el oficio literario.

Gloria Montaldo escribe con seguridad, pesa las palabras, engarza los adjetivos, llega hasta los umbrales de un suspenso indeciso. Todo ello produce una obra de indudable valor, no exenta de crítica social, si bien calibrada desde las barbanacas de una postura humana que aspira a ser excepcional. "De otra arcilla" es una especie de símbolo, de predisposición humana.

Veamos algunos de los personajes esenciales.

Hay un rector de liceo de muy poca consistencia espiritual. Vive en un mundo falso, fabricado en momentos de neurastenia. Cree ser existencialista, si bien no llega a ser más que un pobre diablo.

También entrega su presencia un juez, no muy bien comprendido por sus correligionarios. Y sobre todo, un enamorado medroso, indeciso, sin fibra y sin nervio. Entre ellos, la protagonista, desgraciada por la fuerza del ambiente y por estar formada de otra arcilla.

Podría decirse que la obra de Gloria Montaldo es la versión novelesca de la frustración amorosa, por obra y desgracia del ambiente.

Esta novela, iluminada al socaire de ciertas reglas morales, nos daría como resultado un auténtico desastre. Cuando los seres humanos buscan la tristeza suelen hallarla. A veces, se quedan en los umbrales de la melancolía y del fracaso. Pero una obra literaria ha de ser vista con ojos estéticos.

"De otra arcilla" ha sido escrita, sin duda, de un solo y deliberado intento. El estilo está al servicio de las íntimas tonalidades de la psicología femenina.

Los incidentes novelescos son un testimonio de la vida pueblerina, con sus limitaciones, con el deseo de copar en un vaso de agua toda la complejidad de los océanos. El ridículo aflora, como una consecuencia inevitable, en los seres, en sus acciones y monólogos silentes.

Subrayamos un mérito indiscutible. La novela se lee sin molestia. Iniciada la andadura sentimental de la heroína, sus mínimas ideas adquieren un peso emotivo.

VICENTE MENGOD.

*“El abogado del Diablo”, por Morris West.*

Editorial Nuevo Extremo, Santiago de Chile, 1960

Sabido es que para llevar a efecto los sutiles y complejos procesos de canonización la Iglesia nombra investigadores. Entre ellos se destaca “el abogado del Diablo”. Su misión no es otra que la de oponer resistencias, después de haber examinado los factores positivos y negativos de una vida, más o menos santa. Diríase que es una manera de evitar los errores, colocando delante del tiempo una muralla de contención mística.

Morris West, novelista australiano, conoce los íntimos estratos de la organización eclesiástica. Durante algunos años fue hermano en un monasterio católico. Después salió a rodar por el mundo. Y cada uno de sus largos periplos termina con la publicación de una novela magistral.

Nadie podría asegurar que Morris West sea católico practicante o un descreído a ultranza. Porque sus temas los sitúa en la cuerda floja de la esperanza y de la gracia. Entre ambas riberas, mejor dicho, entre ambos soportes hay un abismo, por donde se desliza el río de la vida, cambiante, no siempre el mismo, aunque sus aguas vayan a morir en los umbrales de la eternidad.

El tema es sencillo. En un pueblecillo italiano ha surgido un hombre con halos de romanticismo misterioso. Su vida ha combinado la acción y el misticismo. Muere fusilado. Se inicia un proceso de canonización, porque hay gentes que hablan de